

LIBRO XI

Los elementos de la teoría de las Ideas antes de Platón.

CAPITULO PRIMERO

EL PRINCIPIO DE LA MATERIA INDEFINIDA

I. Los Jonios y Heráclito.—II. La escuela mecanista de Abdera.

I

El punto de partida de la teoría de las Ideas es la consideración del mundo sensible; éste fué también el punto de partida de la filosofía; la historia, considerada con un espíritu platónico, es una dialéctica viviente, que reproduce en la sucesión de sus períodos los progresos del pensamiento filosófico.

Los jonios, al sentir de Platón, permanecen como encerrados en la caverna de los sentidos, y sólo vislumbran la luz de la inteligencia que ilumina el mundo inmaterial. Buscan entre los fenómenos sensibles los que parecen más propios para explicar todos los demás, los más semejantes á *principios*; de estos fenómenos, dos hay que llaman especialmente la atención por su importancia: la *generación* de los seres animados y su *nutrición*. Estos grandes fenómenos son mo-

vimientos: uno se asemeja al desarrollo dinámico de un germen, el otro parece una agregación mecánica de partes. Entre ambos vacila el pensamiento de los jonios. ¿Dónde está el secreto de las cosas?, ¿en la generación ó en la nutrición? ¿Cuál de las dos es el principio, cuál la consecuencia? Si todas las cosas parecen provenir de un germen, por otra parte el germen mismo necesita ser alimentado y agregarse los elementos que le harán crecer. Repitámoslo: ¿es la generación quien produce la nutrición, ó, al contrario, es la nutrición quien produce la generación? La fuerza exclusiva, ¿es el principio ó la resultante del mecanismo de las partes? Los jonios de Mileto dan la preeminencia á la generación; los de Abdera, y más tarde Anaxágoras y Arquelaos, parecen darla á la nutrición (1).

Según la escuela de Mileto, todas las cosas se explican por la dilatación ó la condensación de un germen primordial, de una fuerza expansiva y motora que engendra la diversidad de las cosas. De las mudas y oscuras profundidades del elemento universal, donde duermen confundidos los contrarios, sale, por una expansión divina, el torrente de la *generación*. Pero también aquí hay muchas concepciones posibles del primer principio. Todo germen animado exige, para su desarrollo, el agua, el aire y el calor. De estas tres condiciones, ¿cuál es la más primitiva? Cada una, á su vez, es elevada al rango de causa primera. El elemento generador, con el tiempo y el progreso dialécti-

(1) La idea del *germen*, propia de los milesianos, ha sido tenida en cuenta; pero no se ha visto la idea de la nutrición en la otra escuela. Véase á Aristóteles, *Metaphysica*, I, y *Tratado del alma*. Véase especialmente un notable pasaje de Plutarco, *De placitis philosophorum*, I, 3.

co de la abstracción, se sutiliza y se espiritualiza cada vez más. Es el agua, después el aire, luego el fuego. La noción de la materia visible ó *generación* se aproxima poco á poco á la noción de la materia invisible, pura y sin forma, de la cual debía hacer Platón el *receptáculo* de la generación. El carácter abstracto y matemático de esta materia, hace que se la llame lo *indefinido*. De consiguiente, ¿cómo explicar el mundo con esta cosa vacía, estéril y como muerta? No se debe, de un modo ó de otro, colocar en ella la inteligencia para fecundarla. A medida que la escuela de Mileto debía profundizar la idea de la materia para reducirla cada vez más á la simple virtualidad, debía también precisarse la noción de una inteligencia activa y motora.

Se atribuye á Thales mismo la concepción vaga de una inteligencia *que recorre la onda con rapidez*; considera el alma como un principio de movimiento, pero no la separa del elemento húmedo. Diógenes, contemporáneo de Heráclito y de Anaxágoras, tiene de ella una idea más clara. «El alma es del aire. El aire es á la vez el principio de los cuerpos y el más sutil entre ellos. De ahí viene que el alma posea la doble potencia de conocer y de mover. En cuanto formada del cuerpo más sutil, mueve; en cuanto principio, conoce.» El aire, principio de la vida universal, es, pues, inteligente. «¿Cómo, sin un pensamiento regulador, todas las cosas habrían de tener su medida, el invierno y el estío, la noche y el día, la lluvia y los vientos?» El aire, animado é inteligente, respirado por el hombre, le da su alma y su inteligencia. El aire más sutil y más caluroso es el que anima al hombre: de ahí nuestra superioridad.

Este elemento del calor, difundido en el aire por

Diógenes, era separado por Heráclito, que hacía de él un nuevo principio: el fuego. Pero es un fuego invisible y viviente, que destruye y renueva todas las cosas, una emanación perpetua (ποῦ) sometida á las leyes inflexibles de la necesidad. El reposo no es sino una apariéncia; la llama de una lámpara parece inmóvil, y, sin embargo, no es más que un movimiento sin fin de partículas, que á un mismo tiempo brillan y se extinguen.

Entre los filósofos de la escuela de Mileto, Heráclito es aquel que más influencia ha ejercido en Platón. De él ha tomado su concepción del mundo sensible. «Platón, dice Aristóteles, se había familiarizado desde su juventud en la amistad de Cratylo, con la opinión de Heráclito, que supone que todos los objetos sensibles están en una emanación perpetua, y que no hay ciencia posible de estos objetos. Más tarde conservó la misma opinión.» El *Theetetes* está por entero consagrado á la exposición del heraclitismo y de sus consecuencias, tan bien resumidas por Platón en esta fórmula: «Nada es, pero todo va siendo.» Heráclito mismo ha escrito, según testimonio de Platón: «Todo marcha y nada permanece.»

La fórmula lógica y metafísica del heraclitismo, que no puede dejar de impresionar vivamente á Platón, era la universal contradicción (ἐναντιότης) y la unidad de los contrarios, incluso la del ser y del no-ser. «Somos y no somos, decía Heráclito; descendemos y no descendemos al mismo río.» «Esto es lo que también leemos en el oscuro Heráclito; une todo y no todo, lo que se une y lo que se separa, lo consonante y lo disonante; y hace de todo uno y de uno todo.» A Heráclito hace alusión Platón en el *Sofista*, cuando habla de esas Musas que nos muestran todas las cosas re-

uniéndose al separarse (διαφερόμενον ἀπὸ συμφερεται). Lo cita en el *Banquete*, como haciendo derivar la armonía de la oposición de la unidad consigo misma; «todo, añade, al dividirse se reúne, como la armonía del violín y de la lira.» Finalmente, la descripción del *devenir* como identificación de los contrarios, que contiene la tercera tesis del *Parménides* parece inspirada por Heráclito. Platón se representa también la generación sensible como una *emanación* que tiene por forma la *oposición* y por ley la *necesidad*. Acepta todo lo que su antecesor había dicho de positivo y lo aplica al mundo sensible. Reconoce que, para que haya conformidad, es preciso que haya al mismo tiempo diferencia; pero añade que la diferencia debe ser reducida á la unidad por un principio superior, *uno* á su vez. En este principio la unidad es real y la multiplicidad ideal en tanto que el mundo sensible es realmente múltiple é idealmente uno, como habrá visto Heráclito, cuyo único desacierto es ser incompleto.

Por lo demás, el mismo Heráclito sentía la insuficiencia de la materia indefinida y la necesidad de un principio superior. Una frase de Aristóteles, cuyo sentido es muy controvertido, parece indicar que el filósofo jonio admitía no sé qué sustancia inmutable, de donde proceden todos los cambios; pero parece que haya querido indicar la materia indeterminada y no una sustancia real. Lo que se aproxima más á la idea de un principio absoluto es el concepto del pensamiento inmanente á las cosas. El fuego divino tiene por atributo esencial la inteligencia; es la razón universal. No hacemos más que participar de esta razón común: «El hombre (en cuanto hombre) no conoce esta facultad, no pertenece sino al principio divino.» «El hombre no es, no hay en él de inteligente sino el principio

que lo contiene todo.» «Luego, junto á la divinidad el hombre se instruye, como el niño junto al hombre.» El fuego, siendo el más sutil de los elementos, ocupa la región del mundo más elevada; pero, en sus perpetuas metamorfosis, su esencia es cada vez menos pura; cae en las regiones intermedias y llega hasta la tierra, morada del hombre. Nuestra alma es una centella del fuego divino; es el hálito que lo aviva y que nos pone en comunicación con la *atmósfera universal*; pero ¿qué es esta centella en comparación de la verdadera inteligencia? «El mono más bello es horroroso comparado con el hombre, decía Heráclito según Platón, pero el hombre más sabio es un mono comparado con Dios.» «Las opiniones humanas no son más que juegos de niño.» «Los ojos y los oídos son los testigos groseros de los hombres que tienen un alma informe y entregada á la materia.» En efecto; todo es móvil y relativo en los datos de nuestros sentidos; la relación no es sino una relación variable entre dos términos variables. «Concibo, dice Platón interpretando á Heráclito, que lo que llamas color blanco no es algo que existe fuera de la vista ni en ella; no lo asigno siquiera un lugar determinado, porque así tendría una categoría marcada, una existencia fija y no estaría en camino de generación... Hay que formarse la misma idea de todas las otras cualidades.» Heráclito llegaba, pues, necesariamente á la movilidad y vanidad de la ciencia humana, en cuanto humana. No parece haber pretendido, como su discípulo Protágoras, que el hombre es la medida de todas las cosas. Creía, al contrario, que se debe «seguir la razón común», y que la sabiduría es «la indagación del modo de distribución del Todo.» «Cuando participamos del pensamiento del Todo, estamos en lo verdadero; cuando tenemos opi-

niones propias, estamos en lo falso.» De consiguiente, Heráclito aspira ya á lo universal; pero, como no lo encuentra en ninguna parte, cree que, para nosotros, en definitiva, cada cosa es y no es, es buena y no es buena.

Así, con Heráclito, la filosofía jonia siente su impotencia; entusiasmado de sí mismo con su primer vuelo, comienza á saber que no sabe nada. Lo *objetivo*, tan ardentemente buscado, se pierde en la movilidad universal de las cosas; y el *sujeto* pensante comienza á dudar de sus fuerzas. Nuestros medios de conocimiento, móviles como sus objetos, huyen y pasan con nosotros.

La escuela dinamista de Mileto acaba por destruir el principio material que había puesto en la raíz de las cosas, y le sustituye paulatinamente, por una vaga divinidad, la *inteligencia*, que no separa con claridad del universo. Todo es generación, decía; y pronto se ve forzada á añadir: todo *muere*; porque la generación y la muerte se implican mutuamente. A vista de esta ola que arrastra las cosas, Heráclito se entristece; se le escapa como un suspiro melancólico hacia un principio inmutable, vagamente entrevisto. Platón responderá: Todo pasa, excepto el objeto de mi pensamiento ó la Idea.

II

La escuela de Abdera es profundamente mecanicista. ¿Qué es la vida? Una agregación de partículas por la nutrición. ¿Qué es la existencia en general? Una agregación análoga, una especie de nutrición universal. No nace nada nuevo; sólo cambia la aparien-

cia. Los mismos elementos han existido siempre en acto, se combinan solamente y se asimilan de diversas maneras. La *generacion* no existe, por consiguiente; el germen que parece nacer y desarrollarse, no hace más que nutrirse y crecer por una yuxtaposición de partes. Tal es la concepción preparada por Anaximandro, desarrollada por Anaxágoras y Arquelaos, llevada al extremo por Lencipo y Demócrito. Los *Mecanistas*, procediendo por razonamientos abstractos y matemáticos, acaban por reducir también la materia á una abstracción, como los Jonios de Mileto. No es, como lo era hace poco, la virtualidad pura; pero, dividida y subdividida hasta lo infinito en el vacío del espacio, la materia supuesta actual parece huir ante los sentidos, ante la imaginación, ante la razón, para confundirse finalmente con el vacío mismo; vuelve á ser esa multiplicidad indefinible é imperceptible á la cual intentaba en vano el pensamiento de Heráclito aferrarse, y que Platón en el *Timeo*, confundirá con el espacio (1).

Así la doctrina mecanista, tan apartada en apariencia del espiritualismo, debía provocar su primera aparición mucho más que la doctrina milesiana. Esta, haciendo proceder el mundo de un principio activo y viviente, acogía sin mucha dificultad la inteligencia y la colocaba entre los atributos del universal principio. Pero la escuela mecanista, despojando de la vida á la materia y reduciéndola á átomo ú homoemorías geométricas, no podía admitir la inteligencia en su sistema sin incurrir en palpable contradicción. Tenía,

(1) La idea del tiempo y del *devenir* domina en la escuela de Mileto; la del espacio y de las relaciones geométricas en la escuela de Abdera.

pues, que negarla ó afirmarla aparte de la materia, como va á hacer Anaxágoras.

Platón parece haber despreciado á los atomistas, mientras que admite y reproduce en parte á Heráclito. La física empiritista, en efecto, ve en todo elementos inmutables de su naturaleza, combinándose de diversas maneras y formando cada cual una individualidad absoluta. La física especulativa, por el contrario, considera la naturaleza como un movimiento progresivo, como una dialéctica viviente, como un trabajo continuo de transformación infinita, conforme al pensamiento de Heráclito. Pero ni los Milesianos, ni los Abderitanos, han observado lo que hay de inmutable superior á estos fenómenos y lo único que merece el nombre de ser.

En resumen, por el progreso de la filosofía jonia, la noción de materia desarrolla todo lo que Platón distinguirá en el *Timeo*: a) La generación ó materia visible, cuyo carácter principal es el movimiento y el *devenir* en el tiempo; b) La materia invisible, matemática y abstracta, análoga al espacio. Pluralidad indefinida, movilidad, divisibilidad en el tiempo y en el espacio; tales son las principales propiedades del principio material, que Platón reducirá á una sola: la multiplicidad infinita.
